

pues, únicamente en asegurar vuestra salvacion; aprovechaos de él para acumular tesoros para el cielo, viviendo de diverso modo que hasta ahora. Sed mas asiduos en la asistencia á los divinos oficios, mas solícitos en la frecuentacion de los Sacramentos, mas diligentes, mas edificantes en vuestras familias, de manera que seais los apóstoles de ellas, así como los Magos lo fueron en sus reinos, donde dieron á conocer su Salvador á los que no le conocian. Haced otro tanto con vuestras instrucciones, con vuestros buenos consejos y ejemplos. Conservad cuidadosamente el precioso depósito de la fe; seguid fielmente la luz de esta divina antorcha que os ilumina; practicad esta fe con las buenas obras, y su luz os conducirá al puerto de la vida eterna.

13. Venid á adorar á Jesucristo en su santo templo con los mismos sentimientos con que los Magos lo adoraron en su cuna; visitadlo en la persona de los pobres y enfermos, que hacen sus veces; mas procurad que vuestras visitas no sean estériles: ofrecedle alguna porcion de vuestros bienes en la persona de sus pobres, pues considera como hecho á él mismo lo que se hace por estos.

14. Dad gracias á este divino Salvador por haberos llamado á la fe en la persona de los Reyes magos; haced á menudo actos de esta fe; dadla á conocer con vuestras buenas obras.

15. En lugar de los tres dones que los Magos hicieron á Jesucristo, ofrecedle vuestro corazon, que es el oro que os pide; ofrecedle vuestro entendimiento dedicado al ejercicio de la oracion, que es el incienso que exige; ofrecedle, por último, vuestro cuerpo, consagrado á la práctica de la mortificacion, que es la mirra que espera de vosotros. En virtud de este ofrecimiento, privaos de algun gusto y evitad sobre todo los excesos á que muchos se entregan en este santo dia. Pedid perdon por los que ofenden al Señor, y si tenéis alguna alegría, sea el Señor el principio y el fin de ella: *Gaudete in Domino*. Acordaos siempre de que solo en el cielo debeis buscar la verdadera alegría. Así os lo deseo. Amen.

## ESQUELETO DEL SERMON II

## SOBRE LA EPIFANÍA.

*Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).*

Vimos su estrella en el Oriente, y vinimos á adorarle.

1. Para quitar á los flacos toda ocasion de incredulidad, de tal modo deprimió Jesús su majestad y celsitud, que su misma humildad la juntó con su máxima dignidad y clarísimos milagros... Estas maravillas nos fortalecen en la fe... nos encienden en amor...

2. Entre estos prodigios celebramos hoy un nuevo milagro... Aunque al nacer le albergara una cuna terrena, el signo celestial mostraba que Jesús no era terreno.

3. Dios atrae los hombres á sí de modos maravillosos y sumamente varios. Á unos... Á otros...

*Primera parte.*

4. Herodes y toda Jerusalem se turbaron con la pregunta de los Magos. De un modo se turbarian los buenos, de otro los malos...

5. El tirano Herodes presumia tanto de su astucia, que confiaba poder eludir los eternos consejos y decretos de Dios...

6. Hubo reyes que quisieron ser tenidos por dioses... Alejandro... Nabucodonosor... ¿Qué cosa mas loca que esta temeridad é insolencia?

7. El deseo moderado de honra, como la vergüenza, son saludables y útiles. La extremada ambicion de algunos ha sido muy funesta al mundo... Alejandro Macedonio... Julio César... Herodes...

*Segunda parte.*

8. Luego de sabido el lugar del nacimiento del Mesías, los Magos se encaminaron á él. Nadie en Judea imitó tan ilustre ejemplo... Ceguedad de este pueblo... Conducta de Tales con Mandrita... Así se porta Dios con nosotros... Alguna vez Dios deniega sus

donos á aquellos á quienes, á juicio humano, parecía se debía conceder mas, y los concede á otros que los hombres juzgaban menos dignos...

9. Dios quiere salvar á todos, y á todos da con largueza los auxilios para la salvacion. Permitió la injusta muerte de los inocentes para mover á los gentiles á conversion. Sibilas...

10. El ocultarse la estrella á los Magos hizo que entrasen en Jerusalem, y la nueva noticia que trajeron á los judíos debía estimularlos á buscar al Mesías... Pastores... Símil del sol...

11. La Providencia dirigió los Magos á la Judea para excitar la pereza de sus moradores. Ya estaba predicho por los Profetas que... Burra de Balaam... Los malos no tienen motivo alguno para quejarse de Dios; los buenos lo tienen para darle gracias...

*Tercera parte.*

12. La estrella se paraba con los que se paraban; con los que iban, iba, etc. Hé aquí el cuidado paternal que Dios tiene con los que le buscan de todo corazón... Otra señal de dicho cuidado fue la columna de nube por el día y de fuego por la noche que guió á los hebreos en el desierto. Esta columna fue figura de la providencia con que Dios guía al pueblo cristiano.

13. Esto debería alentar á los flacos y pusilánimes que no se atreven á salir del Egipto de la culpa por las dificultades con que habrán de tropezar... Si tanto hizo Dios por un pueblo que conducía á la tierra de Canaan, ¿qué no hará por los que conduce al reino del cielo?... Estrella de los Magos...

14. ¿Por qué la estrella desamparó algún tiempo á los Magos? Para que con su segunda aparicion se llenaran de mayor alegría... Con la vicisitud de los dones de Dios se obra nuestra salud. Jamás debemos arredrarnos por algún desamparo momentáneo.

15. Nada vieron los Magos en Belen que les mostrase la grandeza de aquel Parvúllito, y no obstante le adoraron como á Dios... Esta su fe la encomian en gran manera san Juan Crisóstomo y san León.

16. Los Magos ofrecieron al Señor oro, incienso y mirra... Ofrezcámosle nosotros el cuerpo, el alma y el espíritu... Si conservamos sin mancha de culpa estas tres partes del hombre, mereceremos la celestial gloria.

**SERMON II**

**SOBRE LA EPIFANÍA.**

*Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. ii, 2).*

Vimos su estrella en el Oriente, y vinimos á adorarle.

1. Bienaventurado es, dice el Salvador, el que no se escandalizarse en mí <sup>1</sup>: esto es, bienaventurado aquel que por don de Dios consiguió una tal fe, que nada se commueva por el exterior semblante de mi humanidad y pobreza, sin dejar por él de creer la majestad de mi divinidad, que se oculta en este tan humilde traje y exterior especie. Porque fue tanto lo que se abatió el Señor de los cielos para lavar nuestros pecados y comprimir la soberbia, que muchos de aquellos por cuya salud se abatió, de ninguna suerte creerian Dios á aquel que veian abatido. Pues para quitar esta ocasion de incredulidad é infidelidad á los flacos, de tal manera deprimió su majestad y celsitud por nosotros, que su misma humildad la juntó con su máxima dignidad y clarísimos milagros, para que cualquiera que tenga ojos perspicaces pueda advertir claramente la gloria de la majestad divina que se ocultaba en aquella humildad. Y esto lo entenderá con facilidad cualquiera que leyere atentamente el exordio de la historia evangélica, que escribió san Lucas <sup>2</sup>. Porque, ¿con cuántos milagros y cuántas celestiales maravillas se describe en ella la infancia del Señor y Salvador? Porque pasando en silencio los oráculos antiguos de los Profetas, aun antes de que naciera Jesucristo Señor nuestro, el sacerdote Zacarías yendo al altar vió, arredrado, al arcángel san Gabriel, inmediatamente enmudeció, y al cabo de nueve meses por gracia del Señor recuperó su voz y habla, y lleno del Espíritu Santo cantó las alabanzas del Señor. También su mujer estéril, fuera de lo natural, se fecundó con un nuevo parto, y, con admiracion de los vecinos, al niño nacido se le impuso el nombre que dictó un celestial oráculo. ¿Para qué referiré la concepcion del Señor ilustrada y ennoblecida con gran-

<sup>1</sup> Matth. xi. — <sup>2</sup> Luc. i.

dísimos milagros? Porque, ¿qué milagro tan estupendo fue concebirse por el Espíritu Santo sin obra de varón, é incluirse un Dios, que todo lo abraza y contiene, en las entrañas de una mujer? ¿Qué milagro fue que san Juan Bautista estando todavía dentro del vientre de su madre saltara de gozo, se llenara del Espíritu Santo y reverenciara con un tan maravilloso obsequio á su Redentor encerrado en el claustro del vientre de su Madre? ¿Qué milagro fue que la piadosa madre del Precursor se llenara del Espíritu Santo, que conociese la Madre del Señor, y fuese enseñada por el mismo Espíritu del misterio sumo de la gracia y ley evangélica? Y la natividad del Señor, ¿cuántos milagros la ilustraron? Una Virgen intacta, sin detrimento de su pudor virginal, y sin dolor concibe un Hijo, lo pare virgen, virgen lo cria, virgen le da leche: y un Ángel resplandeciente con la luz celestial anuncia á los pastores el nuevo parto de la Virgen. Las voces y cantos de Ángeles las oyen los hombres en la tierra. Y una nueva estrella resplandeciente con una claridad insigne con su resplandor llama y conduce á la cuna del Niño recién nacido á los Magos desde los fines y extremos de la tierra. ¿Para qué es referir aquí el testimonio de Simeon, su gozo y cántico? ¿Qué las alabanzas y voces de la santísima profetisa Ana? Y ¿para qué referiré tantas respuestas de los Ángeles, que avisaban al Esposo de la Virgen, á cualquiera parte que hubiera de ir ó volver el Salvador? Y así si alguno percibiera la mente y los designios del Señor, con los que dignamente concibiera el resplandor y la majestad de cosas tan grandes, podría fácilmente advertir, que bajo aquella especie de humildad y vileza se ocultaba un admirable resplandor de una grandeza y celsitud divina. Porque las cosas que no se atrevió á usurpar ninguno de los príncipes del mundo, aun de aquellos que quisieron ser adorados como dioses, y las que hasta ahora ninguna arrogancia ni soberbia humana pudo excogitar; nunca jamás las hubiera podido fingir la sencillez de los Evangelistas, si la verdad de los sucesos acaecidos no los hubiera impelido á escribirlos. Obra fue de la Providencia divina, que lo que el Hijo de Dios tenía instituido para ilustrar la gloria de su humanidad y para confirmar nuestra fe, no hubiese podido usurpar ninguna elación ni soberbia humana, ni malicia alguna hubiera podido fingir. Y así cualquiera que considera estas maravillas entre las humildes obras de Jesucristo, es ilustrado con unos maravillosos resplandores, y con esta ilustracion se fortalece en la fe, y se enciende maravillosamente en el amor de tan grande Redentor.

2. Pues entre estos insignes prodigios celebramos hoy un nuevo milagro por el cual con el resplandor de una estrella celestial todos los gentiles fuimos llamados en los tres Magos á la fe. Porque (como dice san Máximo<sup>1</sup>) cosa maravillosa es, el que procedió Jesucristo de la Virgen, y no es cosa menos magnífica el que fuese mostrado desde el cielo. Cosa admirable el que la tierra recibió un nuevo hombre; sin embargo, es cosa estupenda el que á este nuevo hombre desde el cielo lo manifestara una nueva estrella. En la Judea, Jesucristo lloraba entre pastores, y en la Caldea á la vista de los Magos brillaba entre las estrellas. En Belen le daba leche de sus pechos su Madre, y en la Caldea le adoraban y veneraban los Magos. Entre los judíos estaba envilecido entre pañales, y entre los gentiles lucia en su gloria. Á la verdad que era necesario que al Señor de los cielos le precediera un signo celeste, y que una señal de luz revelara al Autor de la misma luz. Y así es verdad que vino el Señor humilde en la carne; pero tan humilde como admirable: para que juntamente brillara y se viera la verdad de la carne tomada y la naturaleza de la Deidad inefable: y aunque al nacer le albergara y recibiera una cuna terrena, sin embargo el signo celestial mostraba y atestiguaba que no era terreno. Hasta qui san Máximo. Pues habiendo de predicar hoy de este misterio, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesion de la beatísima Virgen: *Ave María.*

3. Es sentencia célebre de san Agustin, que Dios atrae á sí á los hombres de modos maravillosos; y no solamente maravillosos, sino tambien muchos y sumamente varios. Porque á uno los atrae á sí con beneficios, á otros con castigos; á unos por amor, á otros por miedo y terror; á unos proponiéndoles la grandeza de los premios, á otros la de los tormentos y castigos; á unos con inspiraciones secretas, á otros con las oraciones y voces secretas de la Iglesia; á unos con la virtud poderosa y eficacia de los Sacramentos, y á otros en fin (como yo he visto muchos) con la leccion de libros piadosos y devotos. Ví á otros, á quienes la atrocidad y multitud de sus pecados amedrentó de modo, que los impelió y estimuló á la detestacion y pesar de su mala vida: y aquello que en las mentes de los ímprobos suele desparramar tinieblas, esto mismo, obrando la gracia divina, que de males suele sacar bienes, se les hizo y convirtió en luz, é incitó á un llanto y miedo saludable. Y así como los pescadores excogitaron muchas y varias industrias y artes de pes-

<sup>1</sup> In Serm.

car, y varios géneros de cebos y redes, para de este modo coger muchos peces en sus nasas; así aquel celestial pescador de las almas encuentra cada día innumerables maneras, con las que extrayendo las almas de sus escogidos del mar y piélago de la vida mundana, las coloca en la red del Evangelio y vida de la gracia. Porque ninguna cosa hay tan escondida, ninguna tan baja y apartada de la vista de los hombres, que él no vea, y donde no toque con la luz de su misericordia y providencia. De aquí es aquello del Profeta <sup>1</sup>: El que llama el ave del Oriente y de la tierra al varon de mi voluntad. Esto es, todo lo registro con los ojos de mi sabiduría, todo lo toco con el poder de mi virtud; no me sirve del menor impedimento ni la distancia de lugares, ni las tinieblas, ni algun otro obstáculo para traer á mí las gentes remotísimas y ajenas de mi culto y conocimiento de mi divinidad. Porque mis designios y consejo estará, y toda mi voluntad se hará, ni cosa alguna retardará el que traiga yo á mí al varon de mi voluntad; esto es, aquel á quien yo decreté salvar segun el beneplácito de mi voluntad. Esto se puede ver en la vocacion de estos Magos, cuando el Señor, faltándoles predicadores, los trajo á sí desde los fines del mundo con un tan nuevo y estupendo milagro. Pero porqué estos fueron los caudillos y padres de nuestra fe, y las primicias de los gentiles, es digno á la verdad que examinemos nosotros con cuidado su camino, su pregunta, y todos sus hechos, para que con un tan ilustre ejemplo entendamos qué debemos hacer en su imitacion.

*Primera parte.*

4. Habiéndose, pues, partido del Oriente, y entrando en Jerusalem, que era la ciudad real, ó corte del Rey, preguntan acerca del nacimiento del nuevo Rey: *¿Dónde está, dicen, el que ha nacido rey de los judios? Porque hemos visto una estrella anunciadora de su natiuidad en los fines de Oriente, y somos venidos á adorarle. Túrbase con esta noticia Herodes, y toda Jerusalem con él.* Se debe creer que fueron varias las causas de esta turbacion: porque de un modo se turbárian los buenos, de otro los malos, de un modo los amigos de Herodes, y de otro sus enemigos. Porque aquellos que estaban mal con el imperio de Herodes, y que se veían oprimidos de necesidad y pobreza, querian y deseaban que todo el mando se mudara, para si acaso con esta mutacion les soplara aire mas benigno y salu-

<sup>1</sup> Isai. XLVI.

dable. Y aquellos á quienes agradaba el imperio de Herodes, estos por el contrario no querian que en cosa alguna se minorara la dignidad de Herodes, y temerosos, como Herodes, de su fortuna, llevaban tan á mal como podia llevar el mismo Herodes la venida de un nuevo rey. Este es casi todo el cuidado é índole de los impíos, instituir de modo su vida, que solo atienden á sí, solo miran por sí, y solo parece que han nacido para ellos, y con tal que piensen que está á salvo su fortuna y bienes, nada se les dé, ó porque se hunda y caiga el cielo, ó porque se inunde é incendie la tierra.

5. Oidas, pues, estas voces, el Rey impío congrega todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, é inquiera de ellos dónde naceria Jesucristo: *Y ellos le dijeron: En Belen de Judá; porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belen, etc.* Esta pregunta no la hacia esta astuta zorra con el fin é idea de adorar al nuevo Rey: sino para cogerlo y matarlo, y así poseer solo y en paz su reino. Contemplad, os ruego, la necesidad extremada de este tirano que presumia tanto de su astucia, que confiaba poder eludir los eternos consejos y decretos de Dios. Preguntado cierto filósofo, si á Dios se le ocultaba el hombre que obraba mal: Ni aun el que piensa mal, respondió. Si esto confiesa un filósofo, ¿qué es razon que sientas tú que profesas la fe y la ley del Señor? Ó pérfido, ¿acaso no habias leído en Isafas <sup>1</sup>: Quitad lo malo de vuestros pensamientos de mis ojos? ¿No habias leído en David: El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos <sup>2</sup>; y aquello tambien <sup>3</sup>: Porque él conoció lo escondido del corazon? ¿Cómo piensas que puede ignorar el Señor tus pensamientos ocultos? Además, dime, ó das asenso y fe ó no lo das á la estrella anunciadora, y á los vaticinios y oráculos de los Profetas. Si no lo das, riete de estos locos sueños de los hombres; porque no tienes que temer cosas que crees que de ningun modo han de suceder. Y si lo crees como muestras, y por tanto consultas los oráculos de los Profetas, é inquieres con cuidado el tiempo de la estrella, y por esta misma causa degollaste tantos niños; ¿qué locura es el que tú, vilísimo polvo y despreciable gusanillo, intentes algo contra el Dios omnipotente, y te empeñes en trastornar con tu astucia y poder la sabiduría y poder de un Dios infinitamente poderoso? Porque ¿quién mas poderoso ó sábio que Dios? Y ¿qué cosa mas necia ó mas flaca y débil que el hombre? Pues ¿cuán grande locura es, el que creas

<sup>1</sup> Isai. I. — <sup>2</sup> Psalm. xci. — <sup>3</sup> Psalm. XLVIII.

que el poder y sabiduría infinita se pueda vencer por la ignorancia y necedad suma?

6. Hubo antiguamente algunos reyes dementísimos que llegaron á tanta necedad, que quisiesen ser tenidos por dioses ó hijos de los dioses. Alejandro mandó que se le llamara hijo de Júpiter. Y Nabucodonosor mandó á Holofernes, general de su milicia, que aboliese los dioses de aquellas tierras que habia conquistado y sujetado á su jurisdiccion, para que en lugar de ellos, él fuera tenido y adorado por Dios. Tambien el príncipe de los demonios, engraido de una increíble soberbia, afectó la semejanza de la Divinidad; ni de aquí se atrevió á pasar la locura y soberbia, ó de los hombres mas perdidos, y aun de los mismos demonios, aunque fue la máxima arrogancia. Mas este intolerable mónstruo intentó exceder la soberbia y sacrílega temeridad de todos, sean hombres, ó sean demonios; pues se empeñó no solo en hacerse igual al Dios altísimo, sino tambien mayor y superior, cuando confiaba poderlo vencer en la grandeza ya de la sabiduría, y ya del poder. Á la verdad que si hubiera conseguido lo que pretendia, no solamente se hubiera podido gloriarse contra Dios, sino que tambien con razon hubiera podido burlar su divinidad: habiendo vencido con su astucia su sabiduría, y su poder con su virtud. ¿Qué cosa mas loca que esta temeridad é insolencia? ¿Qué cosa mas execrable? Veis, pues, hermanos, en qué profundo abismo caiga la naturaleza humana destituida y dejada de Dios! Veis hasta dónde llega el furor y la locura de la ambicion!

7. Por este ejemplo podeis colegir cuánto veneno oculta la peste de la ambicion: la cual no solamente la siguen muchísimos, sino que la alaban y recomiendan sobremanera, y la predicán necesaria para cosas grandes y empresas gloriosas; de modo que Ciceron por este solo título recomendó el estudio y ciencia de la elocuencia, porque por él los ánimos de los hombres nutrian y fomentaban el deseo de la gloria. En este asunto confieso á la verdad, que el deseo moderado de honra, como la vergüenza, son saludables y útiles. Porque esta por miedo de la infamia y deshonor, retrae todo lo malo, y aquella inflama y enciende á las cosas dignas de alabanza. Porque hay muchos que se abstienen de gravísimos delitos, no tanto por amor á la virtud, quanto por miedo de la deshonor é ignominia. Mas cuando este apetito, desatendida la moderacion, se inflama y enciende mucho, es dañósísimo. Porque al modo que cuando un rio camina por su madre y dentro de sus riberas, no daña á los sembradores, ni á ninguna otra cosa hace mal; mas si coge alguna ave-

nida y turbion, destruye los campos, y con su ímpetu devasta y asola todo lo que está inmediato; así claramente el moderado apetito de honra no es dañoso; mas el desordenado é inmoderado es una sentina casi de males innumerables. ¿Qué cosa holló mas ni abatió á todo el género humano, que la temeridad y ambicion de algunos? Alejandro Macedonio mientras anheló á ser solo el dueño y emperador del mundo, casi todo lo trastornó. Julio César, que desde jóven pensaba ocupar el imperio del pueblo romano, en las varias batallas que presentó, se ensangrentó con la muerte de casi innumerables hombres, y el impío rey Herodes con una crueldad nunca oida, estimulado de una increíble ambicion de reinar, mató todos los niños de dos años abajo, que habia no solamente en Belen, sino en todos sus fines ó contornos. Ved, pues, cuántos males causa una furiosa ambicion, para que por el hijo conozcais la madre, y por los frutos el árbol. Porque ¿qué árbol será aquel que tales frutos produce? Y si esto es así, ¿qué esperanza podrá restar de la salud y salvacion de aquellos que veneran la honra como á Dios, y aun sobre Dios, cuando la anteponen á Dios y á todas las cosas divinas? Por esta sola razon cierto Santo decia, que los demonios vivian en este tiempo, y estaban seguros estándose ociosos y durmiendo á pierna suelta: pensando que para la perdicion del género humano bastaba el ímpetu de esta pasion; la cual se arraigó tan profundamente en los pechos de los hombres, que trastorna totalmente todo lo divino y humano. Pero volvamos á la historia.

*Segunda parte.*

8. Habiendo, pues, los Magos sabido el lugar donde nació el Señor, se encaminaron á él, y lo que es digno de extrañar mucho es, que ninguno de tanta multitud de pueblo, ni de los escribas, ni de los sacerdotes, ni de los otros ciudadanos siguió sus huellas y pisadas, movidos de un ejemplo tan ilustre. Esto, á la verdad, me causa á mí mucha admiracion. Porque á este pueblo era á quien principalmente estaba prometido aquel Rey celestial; él solo tenia ciencia y conocimiento de la ley y los Profetas; por donde fácilmente pudiera haber advertido que instaba ya el tiempo del Mesías, principalmente ocupando su reino Herodes, alienígena, que era la señal principal de su advenio y venida. Debieron tambien haberse conmovido por el ejemplo de los forasteros ó extranjeros que habian venido allí desde los últimos cabos del mundo, y esto hicie-

ron, avisados y dirigidos de una luz y oráculo celestial. Pues si los forasteros vienen desde el Oriente, ¿por qué tú, que eres el pueblo de Dios, que eres doméstico suyo, á quien principalmente está prometido el Mesías, tú, que tienes los oráculos y profecías de él, y das noticias á otros del lugar de su nacimiento por las santas Escrituras, por qué, digo, á lo menos estimulado de los otros, no tomas y emprendes viaje para Belen, no desde la remota region de Oriente, sino desde la misma Jerusalem, que estaba muy cerca del lugar del nacimiento, para que puedas ver al deseadisimo y nobilísimo Rey? ¿Cómo tú, que por las Escrituras tienes tantas noticias de él, no le conoces teniéndole delante de los ojos? Oportunamente á la verdad, como dice san Gregorio, el ciego Isaac, cuando bendecia á su pueblo, figuró y denotó la ceguedad de este pueblo; el cual, ciegos sus ojos y profetizando, no vió presente al Hijo, para quien, sin embargo, vió muchas cosas que le estaban por venir. Porque en la realidad aquel pueblo judáico lleno del espíritu de profecía, y ciego, no vió puesto á su presencia á aquel de quien predijo muchas cosas futuras. De aquí aparece, hermanos, cuánto dependa el sumo negocio de nuestra salvacion de la divina gracia; y cuán poco valgan para él todas las otras prendas sin el auxilio de Dios, sea la ciencia de las santas Escrituras, sea la profesion de la vida monástica, sea la condicion del estado mas perfecto, ó la nobleza del linaje, ó la excelencia de la naturaleza, ó la diligencia de la educacion, ú otras cosas semejantes á estas, las cuales tienen los hombres en una grande reputacion. Ciertamente que estas cosas, que por otra parte son apreciables y valen mucho, donde falta aquel espíritu celestial, es increíble lo muy poco que valen para alcanzar la verdadera salud y justicia. El conocimiento de esta verdad quiso el Señor que se radicara tanto en nuestros pechos, que entre los principales obsequios con que podemos merecerlo, se enumera en primer lugar el humilde conocimiento de sí mismo. De modo que me parece á mí, que solo en este negocio es en el que el Señor se porta con los hombres, como aquel célebre Tales Milesio, uno de los siete sábios de que se jacta la Grecia, se portó con otro filósofo. Porque como, maduro en la filosofía, hubiese figurado un muy admirable sistema del cielo, se lo enseñó y explicó á Mandrita, filósofo cirinense. Y quedando este muy contento y delicioso con esta nueva invencion, dándole antes gracias, le dijo que deseaba saber con qué recompensa gustaba y queria que se le pa-

<sup>1</sup> Genes. xxvii.

gase esta tan útil leccion y enseñanza. Á quien respondió Tales: Bástame, le dijo, ó Mandrita, que lo que has aprendido de mí, cuando lo profirieres en público no lo atribuyas á tí, sino que me celebres á mí como á inventor de ello. Pues lo que este maestro pedia á su discípulo por estipendio de su enseñanza, es lo que principalmente nos pide á nosotros aquella fuente inagotable de todos los bienes, y á quien con sumo derecho le es debida toda la honra y la gloria: esto es, que no nos ensoberbecamos de modo alguno por sus dones, sino que todos los atribuyamos á aquel de quien manan y provienen, para que á este le demos nosotros la honra y la gloria, y nosotros de él adquiramos bienes y riquezas inmensas. Esto lo procura con tanto cuidado aquella suma equidad y sabiduría, que alguna vez, para que se ilustre mas este conocimiento de esta verdad, en que principalísimamente se contiene su gloria, deniega los clarísimos dones de sus gracias á aquellos á quienes á juicio humano parecia se debian conceder mas, y por el contrario los concede y da á aquellos á quienes, segun el mismo juicio, se reputaban menós dignos y menos idóneos para ellos. Fariseos eran en la realidad, esto es, varones religiosos, y sacerdotes y doctores de la ley aquellos á quienes dijo el Señor <sup>1</sup>: Los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios. Tambien era pueblo escogido de Dios, á quien el mismo Señor dijo <sup>2</sup>: Muchos vendrán del Oriente y Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: y los hijos del reino, á quienes este principalmente parecia les era debido, serán echados á las tinieblas exteriores. De aquí es, que se ve que muchos pobres que buscan su comida con el trabajo de sus manos, se llegan con mucha devocion al augusto Sacramento del altar, y muchos sacerdotes tratan indignamente estos sagrados misterios; verás tambien una mujer ocupada en el servicio de su marido, hijos y negocios domésticos, y entre innumerables ocupaciones, que por todas partes la rodean, tiene destinadas y gasta con un cuidado y afecto piadoso sus ciertas horas y tiempos en la consideracion de las cosas divinas y en el ejercicio y práctica de la oracion; y por el contrario verás alguna monja que, libre de todos estos impedimentos, y que únicamente se debiera emplear en el obsequio y servicio de Jesucristo su esposo, está vagueando en muy diferentes cuidados. Acaece frecuentemente que en las aldeas, que carecen del trato y comunicacion civil, y que rarísimas veces se predica en ellas un sermón, se suelen encontrar así hom-

<sup>1</sup> Matth. xxi. — <sup>2</sup> Matth. ii.